

las antiguas leyes; pero ahora proclamaban ya principios y pedían imperiosamente innovaciones.

Discutiase un bill para el levantamiento de tropas destinadas á Irlanda, y en el preámbulo se decía que en ningun caso, salvo el de una invasión extranjera, no podía el rey *arrancar* los súbditos para el servicio militar, cosa incompatible con la libertad de los ciudadanos. Propúsose otro sobre que la organización de la milicia y el nombramiento de sus jefes solo podría en adelante llevarse á efecto con el concurso y el consentimiento del parlamento. Por influencia de los presbiterianos se había reproducido y adoptado poco antes de la vuelta del rey el bill que excluía á los eclesiásticos de todo cargo civil; y como no le hubiesen aprobado los lores, se quejaron por ello amargamente los miembros de la otra cámara: «Somos, decían, los representantes de todo el reino, cuando los pares solo son individuos revestidos de un simple derecho personal. Si rehusáis consentir en los actos necesarios para la salud del pueblo, entonces la cámara baja uniéndose á aquellos lores que conozcan la gravedad del peligro se dirigirán solos á S. M.; y los lores que gozaban de mas popularidad como el conde de Northumberland, el de Essex, y el de Warwick, consentían en este lenguaje.»

Fuera de las cámaras, el partido se unía á estos jefes con el mismo ardor; el proyecto fue publicado; la ciudad declaró que al recibir al rey con tanta pompa no habían creído los ciudadanos faltar á sus amigos, y que querían vivir y morir por el parlamento; pronto una petición patentizó los menoscabos del comercio, imputándolos á los papistas, á los obispos y á los malos consejeros. Formábanse en los condados asociaciones adictas á la defensa de la libertad y de la fé. Todos querían prestar apoyo á la cámara baja; siniestros rumores provocaban á su favor nuevas pruebas de adhesión, ya amenazaban la vida de Pym, ya preparaban los rebeldes de Irlanda una invasión; se denunciaban sin fundamento conspiraciones, y se hacían solemnes juramentos de fraternidad; y en tanto que la cámara volvía diariamente á pedir su guardia, se la formaba el gentío que se agrupaba alrededor de Westminster, dando gritos y aclamaciones.

Contra tan atrevidas pretensiones, apoyadas en pasiones tan tumultuosas, se apresuraba Carlos por su parte á reunir á todos sus partidarios, á los empleados del absolutismo, á los leales defensores del rey, y á los ciudadanos que en otro tiempo pugnaban contra la tiranía, pero que se declararon á favor de la corona por temor á tantas innovaciones

y excesos. Estos últimos eran casi los únicos que componían el partido realista de la cámara baja. A su cabeza se hallaban lord Falkland, Hyde, y sir John Colepepper: Carlos resolvió captarse sus sufragios. Antes de su viaje á Escocia había ya tenido secretas entrevistas con Hyde, que había merecido su confianza por la sabiduría respetuosa de sus consejos, por su aversión á las innovaciones, y sobre todo por su adhesión á la iglesia. No le gustaba tanto lord Falkland, conocido por su desprecio á la corte, y poco apego al rey, y que solo por defender la justicia y el poder amenazado se manifestaba algo dispuesto á tomar su defensa en aquellos momentos: Carlos le temía, pareciéndole insoportable su presencia.

Era sin embargo preciso resolverse, y Hyde, su mas íntimo amigo, se encargó de la negociación. Falkland se negó por de pronto; su escrupulosa virtud le alejaba de los fautores de la revolución, pero sus principios, sus deseos y el ardor de su imaginación le traían sin cesar á la memoria á los amigos de la libertad. Alegó su antipatía por la corte, su torpeza como cortesano, y su resolución de no valerse jamás de la falsedad, de la corrupción ni de delatores: «medios útiles, necesarios tal vez, decía, pero conque nunca me mancharé.» Por mas que Carlos se admiraba y le era molesto el tener que solicitar á un súbdito, insistió sin embargo. Hyde exageró el menoscabo que sufriría la majestad con tal negativa, y al cabo el lord se dió por vencido, pero desalentado de antemano y como una víctima sin voluntad ni esperanza. Fue nombrado secretario de Estado. Colepepper mucho menos influyente pero conocido por su osadía y por los recursos de su espíritu en las discusiones pasó á canciller de Hacienda. Solo rehusó contra la voluntad del rey todo empleo, no por temor sino por prudencia, juzgando que le serviría mejor guardando la independencia exterior de su situación. Los tres amigos tomaron á su cargo el gobernar en la cámara los negocios del rey, y este prometió no hacer nada sin su consejo.

Al propio tiempo otros servidores menos útiles y mas ardorosos, acudían á él de todos los puntos del reino para defender, decían, su honor y su vida amenazados por el parlamento. A pesar de la decadencia del régimen feudal, todavía animaban á muchos gentil-hombres los sentimientos que habían heredado de sus padres. Ociosos en sus castillos, poco acostumbrados á reflexionar y á discutir, despreciaban á esos ciudadanos parlanchines, cuya rígida creencia proscribía el vino, las diversiones y los placeres de la antigua Inglaterra, y que pretendían do-

minar al rey á quien no habian tenido siquiera sus antecesores el honor de servir. Envanecidos con los recuerdos de su propia independencia, se les daba á esos nobles muy poco de las nuevas exigencias de la libertad pública. Como el pueblo, también habian murmurado contra la corte y la tiranía; pero despues de las concesiones del príncipe, se indignaba su imprevisión y su lealtad de la obstinación de los novadores. Llegaban armados á Londres, recorrían fieramente las tabernas y la calles y se dirigian con frecuencia á Whitehall á ofrecer al rey sus servicios, solicitando al mismo tiempo algun favor. Allí se les reunian otros hombres, cuya adhesión era mas ciega, aunque no tan pura; la mayor parte de estos últimos eran oficiales reformados, á quienes habia dejado sin sueldo ni empleo la disolución del ejército, los soldados aventureros, instruidos en las guerras del continente, pervertidos, audaces, irritados contra el parlamento que los habia licenciado, y contra el pueblo que detestaba sus costumbres, y dispuestos á todo en obsequio del que los ocupara en algo. Algunos jóvenes legistas, protegidos de la corte, ó ansiosos de asociarse á sus placeres, ó creyendo tal vez darse con semejante conducta un tono de nobleza y de elegancia, aumentaban también el séquito presuntuoso que se reunía todos los dias alrededor de Whitehall, declamando contra la cámara baja, insultando á sus partidarios, prodigando bravatas y pullas, y anhelando que el rey ó la casualidad les ofreciesen coyuntura favorable para elevarse patentizando su fidelidad.

Con anhelo deseaba facilitarles esta coyuntura el partido popular, cuyas reuniones se hacían cada dia mas numerosas y agitadas. Una multitud de aprendices, jornaleros y mujeres pasaban al amanecer á Westminster; delante de Whitehall gritando: *Fuera obispos! fuera lores papistas!* Deteníanse de cuando en cuando y uno de ellos subiendo á algun pilar, leía en alta voz los nombres de los *miembros pervertidos de la cámara baja, ó de los lores traidores y corrompidos*. Llegó su audacia hasta pedir que no hubiese conserjes á las puertas de palacio, porque querían ver al rey á todas horas como les pluguiese. Pronto tuvieron lugar riñas violentas; los nombres de *caballeros* y de *cabezas redondas* distinguían á ambos partidos; los ciudadanos consideraron por de pronto este dictado como un insulto, pero despues lo tomaron á honra. Los caballeros á su vez iban á Westminster en busca de sus enemigos, ya para insultarlos, ya para proteger á los carlistas á su salida del parlamento. Contra la cámara alta sobre todo se dirigía el furor del populacho, porque aun no se adoptaba el bill de esclusión de los

obispos. Williams, arzobispo de York, al encaminarse á pié á la cámara, quiso detener á un joven que le seguía injuriándole; pero la muchedumbre se echó sobre él, y les costó á sus amigos mucho trabajo el salvarle. Ambos partidos se hacían á un tiempo prisioneros, y se los arrancaban.



TOMAS FAIRFAX.

Derramábase sangre; se envanecían imprudentemente los caballeros de haber dispersado á sus contrarios, pero estos volvían al dia siguiente mas aguerridos y bien armados. Una tarde, cuando los lores estaban todavía en sesión, llegó á ser tan violento en la parte exterior el tumulto, que el marqués de Hertford se acercó al banco de los obispos y les acon-

sejó que no saliesen: «porque, les dijo, estan gritando que os esperan, que abrirán los coches y no os dejarán escapar.—¿Será menester, pues, que pasemos aquí la noche? dijeron los obispos.—Bien podria ser, respondieron sonriéndose algunos de los partidarios de la esclusion.» Salieron no obstante, pero unos en el coche de algun lord popular, y otros por puertas escusadas y rodeados de sus amigos; muchos empezaron á creer que su presencia no valia los peligros que les hacia correr. Dos veces la cámara alta reclamó el concurso de los representantes del pueblo para la represion de tales ultrajes (del 20 al 30 diciembre 1641); pero estos guardaban silencio ó se quejaban de los desórdenes de los caballeros. «Necesitamos el concurso de todos nuestros amigos, decian los diputados de la cámara baja; no quiera el cielo que impidamos al pueblo obtener lo que desea justamente.» Los lores se dirigieron á los magistrados, pidiendo que se procediese segun ley contra los perturbadores, y se mandó que se situasen guardias cerca de Westminster para disipar los grupos sediciosos. La cámara baja tomó esta orden por atentado á sus privilegios, y envió uno de los magistrados á la torre. Al propio tiempo votó la cámara, que como persistiese el rey en negarles una guardia, cada miembro tendria derecho de llevar consigo á uno de sus criados armado, y de dejarlo á la puerta.

Estas asonadas, estos gritos, este tumulto incorregible, daba ira y temor á un tiempo al rey. Jamás en sus mas tétricos terrores se le habian ofrecido al pensamiento escenas semejantes; se espantaba y se indignaba de que la majestad real pudiese sufrir tamaños desacatos; ya no se alarmaba solo por su poder, sino que tambien por su seguridad, ó por el decoro al menos de su persona y de su vida. Mas turbada aun la reina, daba pábulo á sus sombríos pensamientos: el orgullo de monarca y la ternura de esposo no podia soportar la idea del menor riesgo, del menor insulto al objeto de su cariño y á la compañera de su rango. Buscando en todas partes algun apoyo contra la muchedumbre, algun medio de prevenir ó de castigar sus excesos, resolvió alejar al gobernador de la torre, sir William Balfour, adicto á la cámara baja, y remplazarlo por otro seguro y osado. Entregáronse á William 3,000 libras esterlinas, fruto de la venta de algunas alhajas de la reina, para sosegarle, y le sucedió en el empleo sir Tomás Lunsford, uno de los mas atrevidos jefes de los caballeros reunidos en Whitehall. Hyde habia redactado una respuesta hábil y enérgica al célebre proyecto: Carlos la adoptó y la hizo publicar en su nombre. Todavía discutian las cámaras el bill sobre quintas;

antes que se le presentasen, anunció en una sesion solemne que solo lo aceptaria con una reserva contra el preámbulo, donde se le negaba el derecho de mandar una leva. Los asuntos de Irlanda estaban paralizados; por esto intimó á los representantes del pueblo que se ocupasen de este particular, y ofreció formar un cuerpo de 10,000 voluntarios si prometia el parlamento pagarlos. Reuniéronse por su parte los obispos para deliberar sobre su situacion; todo era violencia para ellos á las puertas de la cámara alta, y determinaron retirarse, consignando en una protesta las causas de su conducta, y declarando nulos é inválidos todos los bills que fuesen adoptados sin el concurso de todos los miembros lejitimos y necesarios del parlamento. Improvisada esta protesta y firmada por doce obispos, fue inmediatamente recibida por el rey, puesto que le daba esperanza de anular algun dia bajo este pretesto los actos de un parlamento fatal que no le era posible domar. Al instante, sin participarlo á sus nuevos consejeros, cuyos consejos temia mas de lo que apreciaba su influencia, mandó á su guarda-sellos que la presentase á la cámara alta, aplaudiéndose interiormente de su destreza en saber prepararse un feliz porvenir (30 diciembre 1641).

Suma fue la sorpresa de los lores, pues no podian creer que doce obispos cuya existencia en la cámara era un problema, pretendiesen disponer asi de la suerte del parlamento, anulándolo con su separacion. Comunicada sin demora la protesta á la cámara baja, fue recibida con aquella cólera aparente, que es alegría secreta inspirada por las faltas de un enemigo. Se propuso y resolvió al momento la acusacion de los obispos por haber atentado á las leyes fundamentales del reino y á la existencia de los parlamentos. Indignados de su imprudencia, ó aprovechando tal vez la coyuntura de poder abandonar sin mengua una causa perdida, sus mismos amigos guardaron silencio; solo una voz se oyó en su favor, diciendo que no se les debia hacer comparecer ante los jueces, sino enviarlos á Bedlam. La cámara alta admitió la acusacion, y los hizo meter en la torre. Los diputados de la otra cámara supieron aprovechar la sazón, y renovaron vivamente todos sus ataques. Se habian quejado ya de la declaracion del rey tocante al bill sobre quintas como contrario á los privilegios de la cámara, que no permitian que se entrometiese en ningun bill durante su debate, y se insistió en la necesidad de garantir sólidamente estos privilegios, única áncora de salvacion en medio de tales peligros. Indignáronse de que se hubiese encargado el gobierno de la torre á sir Tomás Lunsford, hombre sin bienes, sin pie-

dad y sin costumbres, conocido solo por sus violencias contra el pueblo, y capaz de los mas depravados fines. La alarma, decian, es tal en la ciudad que los negociantes y los extranjeros no se atreven á depositar en la torre sus barras : se pedia en consecuencia el nombramiento de un nuevo gobernador. Lor Digby, que ya figuraba como íntimo confidente del rey, fue denunciado por haber dicho que el parlamento no era libre. En fin, hasta llegaron á correr rumores de que la misma reina podia ser acusada de alta traicion.

El rey aparentó ceder ; no dió ningun paso en favor de los obispos, retiró á Lunsford el gobierno de la torre para encargarle á sir John Byron, hombre grave y apreciado ; no habló mas de asonadas, ni se quejó siquiera de los últimos debates. Sin embargo, algunas relaciones y noticias secretas traian agitada á la cámara. Silenciosa y reservada la reina, parecia animada de alguna esperanza. Visitábala frecuentemente lord Digby, lo mismo que al rey, cada dia con mas intimidad. Era cada vez mayor la afluencia de los caballeros á Whitehall, y los diputados, sin hablar de sus temores, pidieron de nuevo su guardia ; mas como lo hicieron por medio de un mensaje, no les contestó el rey, diciendo que queria su peticion por escrito. En vista de esto hicieron los representantes del pueblo traer armas á su salon, como si estuviesen ciertos de que les amenazaba algun peligro. Tres dias despues recibieron esta respuesta : « Me obligo solemnemente, bajo mi palabra de rey, á preservaros á todos y á cada uno de vosotros de toda violencia, con el mismo cuidado que tomaria por mi seguridad y la de mis hijos. » Pero la cámara, alarmada siempre, obligó al lord corregidor, á los jefes y al consejo comun, á tener permanentes las milicias de Lóndres, y á situar fuertes guardias en distintos puntos de la ciudad.

El mismo dia (3 enero 1642), sir Eduardo Herbert, procurador general de la corona, pasó á la cámara alta, y acusó de traicion en nombre del rey al lord Kimbolton, á Hampden, Pym, Hollis, Strode y Haslerig : (estos cinco últimos eran miembros de la cámara baja), por haber intentado : 1.º Destruir las leyes fundamentales del reino y quitar al rey su poder legal. 2.º Por haber propalado entre el pueblo odiosas calumnias contra el rey. 3.º Por haber sublevado el ejército. 4.º Por haber empeñado una potencia extranjera, la Escocia, á que invadiese el reino. 5.º Por haber pretendido anular los derechos y la existencia misma de los parlamentos. 6.º Por haber escitado contra el rey y el parlamento reuniones sediciosas con la mira de lograr violentamente sus criminales

deseos. 7.º y último : por haber provocado la guerra contra el rey. Sir Eduardo pidió al mismo tiempo que se nombrase una comision para examinar los cargos, y que se procediese á asegurarse de los acusados.

Los lores permanecian inmóviles, porque nadie habia previsto este acto ni osaba tomar primero la palabra. Levantóse lord Kimbolton : « Estoy pronto, dijo, á obedecer todas las órdenes de la cámara ; pero, ya que mi acusacion es pública, pido que lo sea asimismo mi defensa ; » y volvió á sentarse en medio del mismo silencio. Lord Digby estaba á su lado : « Muy mal aconsejado está el rey, le dijo al oido ; muy poco he de poder, ó sabré de donde os viene el tiro : » y salió en seguida, como para ir á informarse. Aseguran que él era quien habia aconsejado al rey este designio, obligándose á pedir inmediatamente el arresto de Kimbolton, en cuanto le hubiese acusado sir Eduardo.

Sin perder tiempo un mensaje de los lores pasó á informar de todo á los representantes del pueblo, quienes acababan de saber que los comisionados del rey se habian dirigido á las habitaciones de los cinco miembros acusados, y ponian en sus puertas el sello de embargo. Votaron al momento que este acto violaba todos sus privilegios ; que los acusados podian resistirse ; las autoridades municipales debian oponerse, y finalmente, que los comisionados del rey fuesen presos y llamados á la barra como delincuentes. John Hotham fue enviado á los lores para pedir instantáneamente una conferencia, con orden de manifestar que en el caso de que estos se opusieran á unirse á la cámara baja para obtener una guardia, estaban decididos á pasar á un lugar mas seguro. Esperábase la respuesta, cuando se presentó un heraldo : « En nombre del rey mi señor, dijo, vengo á intimar al señor presidente á que me entregue cinco gentil-hombres, miembros de esta cámara, que S. M. me manda arrestar como reos de alta traicion : » y los nombró. A la vista estaban estos, pero nadie se movia, y el orador mandó al heraldo que se retirase. Sin tumulto ni oposicion, la cámara encargó á una comision que pasase en el acto á decir al rey que á tan importante mensaje solo se podia responder despues de un maduro exámen. Entre los encargados de esta respuesta se notaban dos ministros, que ignoraban la causa de aquel procedimiento ; lord Falkland y sir John Colepepper. Se abrió la conferencia con los lores, y en menos de una hora se mandó quitar los sellos de embargo, y en nombre de las dos cámaras se pidió al rey una guardia por medio del duque de Richmon, su mas digno favorito. « Mañana contestaré » respondió á su vez el monarca ; mas las cámaras se

separaron al día siguiente á la una, mandando á los acusados que compareciesen como sus colegas en Westminster.

Al día siguiente, al abrirse la sesión (4 enero 1642) la agitación había subido de punto por el presentimiento de algún nuevo peligro hasta entonces desconocido. Tristes y silenciosos, permanecían en sus bancos los realistas, mientras entre sus contrarios circulaban mil rumores: los caballeros, se decía, estaban reunidos de orden del rey; se habían pasado á Whitehall dos barriles de pólvora; todos se reunían alrededor de los cinco acusados, todos se perdían en conjeturas, y les daban consejos. Aun más: se sabía que el ministro de Francia, relacionado con los cinco, y la condesa de Carlisle, que según decían, estaba tiernamente relacionada con Pym, les habían dado noticia del golpe de Estado que se preparaba; pero ellos guardaban silencio. Llegó de improviso el capitán Langrish, en otro tiempo al servicio de Francia, y á quien sus relaciones con los oficiales reformados ponían en estado de tener buenas noticias; anuncia que el rey se acerca, que le ha visto partir de Whitehall, escoltado de unos cuatrocientos hombres entre guardias, caballeros y estudiantes armados, y que en persona se dirigía á prender á los acusados. Suscitase desorden completo: es necesaria una pronta resolución. La cámara obliga á los cinco miembros á retirarse, pues algunos habían echado mano á sus armas, y se preparaban á resistir. Cuatro salen al instante; Strode se niega á abandonar el puesto: iba ya entrando el rey en el edificio cuando consiguió Walter Earl amigo de Strode sacar á este bruscamente fuera del salón. En medio de una doble línea de sus adictos había atravesado el rey la gran sala de Westminster; su guardia quería subir con él las graderías de la cámara; pero el rey manda que nadie le siga bajo pena de muerte, y entra con el sombrero en mano, seguido solamente de su sobrino el conde Palatino. Todos los diputados se descubren y se levantan. El rey de paso lanzó una mirada al sitio en que Pym acostumbraba sentarse, y al ver que no estaba en su puesto se dirigió hácia la tribuna, diciendo:—Con vuestro permiso, señor orador, ocuparé por algunos instantes este sitio. Subió en efecto y mirando en derredor de la cámara se espresó en estos términos:

«Señores me es muy sensible la causa de mi venida. Ayer os envié un heraldó con el encargo de prender algunas personas acusadas por orden mia de alta traición. No esperaba de vosotros mensajes, sino actos de obediencia. Ningun rey de Inglaterra se ha mostrado más solícito que yo en mantener vuestros privilegios, pero no debeis ignorar que á

nadie pueden servirle al tratarse de crímenes de alta traición. Vengo á ver si se hallan aquí porque en tanto que permanezcan en la cámara, no es posible que esta entre en el recto sendero, como tan sinceramente deseo. Vengo pues á buscarlos. ¿Donde están, señor orador?—Póstrose, este y respondió: Dignese V. M. perdonarme de no poder contestar á lo que me pregunta.—Enhorabuena; veo que los pájaros han volado ya, pero espero que me los entregareis en cuanto vuelvan. Os aseguro bajo mi palabra de rey que nunca he pensado en emplear la fuerza, y que procederé contra ellos por los medios legales. Entre tanto, ya que no he logrado mi objeto, no os perturbaré más; pero repito que estoy persuadido de que me los enviareis en cuanto vuelvan; de otro modo, creed que sabré encontrarlos.» Y salió siempre con el sombrero en la mano. La cámara permanecía todavía inmóvil; sin embargo se oyeron algunos gritos de *privilegio! privilegio!*

En cuanto estuvo fuera se cerró la sesión citándose para el día siguiente. Todos los miembros corrieron presurosos á saber hasta qué punto llegaban los planes del rey, y como habían sido recibidos por parte del público: en todas partes fueron testigos de una emoción no menos viva que la suya. Solo se hablaba de los insultos y de las amenazas de los caballeros: «Que me señalen el blanco, había dicho uno, enseñando una pistola, no le erraré.—Al diablo con los representantes del pueblo exclamaban otros; ¿qué haremos de esos hombres? que se les ahorque.» Algunos se habían adelantado hasta preguntar si se había ya recibido la orden: rumores todos que escitaban la mayor indignación. Los cinco miembros se habían retirado á la ciudad, cuyos habitantes habían acudido á las armas: en vano procuró calmarlos el lord corregidor: formábanse espontáneamente fuertes patrullas para la seguridad común, y recorrian las calles bandas de aprendices, gritando de puerta en puerta que los caballeros iban á pegar fuego á la población, y que (añadían algunos) el mismo rey venía á su frente.

No era menor la agitación en Whitehall: el rey y la reina habían fundado sus mayores esperanzas en este golpe de Estado, que hacia ya mucho tiempo entraba en el secreto de las conferencias domésticas, y era objeto de todos los pensamientos. Carlos al abrazar aquel día á su esposa al tiempo de partir, le había prometido que dentro de una hora volvería dueño y señor del reino: la reina esperaba su regreso con el reloj en la mano. Pero todo se había desvanecido, y si bien el rey no pensaba desistir de su plan, ya no confiaba en él ni sabía como llevarlo